

## CAPITULO XII.

**EL SR. JUAREZ Y SU GABINETE.—PRONUNCIAMIENTO DEL GENERAL D. ANTONIO LANDA.—MIGUEL CRUZ AEDO Y ANTONIO MOLINA.—PELIGRAN LAS VIDAS DE JUAREZ Y SUS MINISTROS.—GUILLERMO PRIETO.**

Mientras que varios Estados del país se habían declarado por el plan proclamado en Tacubaya, el general D. Anastasio Parrodi sostenía en Jalisco la Constitución de 1857, reconociendo por lo mismo á D. Benito Juárez como Presidente de la República, por el ministerio de la ley, puesto que ejercía el entonces importantísimo cargo, de presidente de la Suprema Corte de Justicia: y Comonfort, con el golpe de estado, nada era ya en el sentido Constitucionalista; había roto con la Carta fundamen-

tal y también con sus correligionarios, desde luego que aceptó el 17 de Diciembre la prisión del Sr. Juárez.

Puesto D. Benito en libertad por el mismo Comonfort, el 11 de Enero de 1858, salió de la Capital al día siguiente, acompañado de sus mejores amigos y miembros prominentes del bando Constitucionalista: se dirigió primero á Querétaro y después á Guajuato, en donde con el apoyo de los generales D. Manuel Doblado y D. José María Arteaga, estableció su gobierno el 19 del referido Enero.

El Gabinete que nombró, lo componían D. Melchor Ocampo, encargado de las carteras de relaciones, guerra y gobernación; D. Manuel Ruiz, de la de justicia; D. Guillermo Prieto, de la de hacienda y D. Leon Guzman, de la de Fomento.

El general Parrodi había marchado de Guadalajara hácia el estado de Guanajuato, con la mayor parte de sus fuerzas, dejando al presidente del tribunal de justicia D. Jesus Camarena, con el carácter de gobernador interino de Jalisco: y á la ciudad, garantizada con el 5º de infantería, dos batallones de guardia nacional y otros piquetes de pocas plazas, al mando de general D. Silverio Núñez.

D. Benito Juárez, dejando en el Estado de Guanajuato al general Parrodi investido de gran suma de facultades, se trasladó á Guadalajara, á donde llegó el 11 de Marzo, en los mo-



mentos en que una conspiración tenía lugar, por algunos miembros del partido conservador, entre los cuales estaban el general D. Pantaleón Moret, el Lic. D. José María Peón Valdez, D. Ramón Barbosa, D. Francisco Berruero, el general D. Antonio Landa que tenía el mando del 5º, y otros individuos.

D. Benito se alojó con sus ministros en una habitación que se le dispuso en palacio y aunque se le participó el rumor que corría, de que el general Landa no era adicto á la Constitución, oyó esto con indiferencia, encargando que se le vigilara y consagró el día 12 á visitar la ciudad y al despacho de los negocios.

El día 13 muy temprano se propuso el Sr. Juárez tomar un baño en un punto llamado "Los Colomos" á dos leguas de la ciudad; lo acompañaron los señores Ruiz, Ocampo y Guzmán. Entre tanto el general Landa, aprovechando el relevo en el servicio de guardias que se efectuó ese día entre nueve y diez de la mañana, se pronunció con el 5º y otros piquetes, proclamando el plan de Tacubaya. Inmediatamente redujo á prisión al presidente de la República con los ministros que acababan de llegar del baño y al general D. Silverio Núñez, en los momentos en que recibió Juárez el parte de la derrota de Salamanca. D. Guillermo Prieto pudo salvarse, pero quiso correr la

misma suerte que sus compañeros y también quedó preso; en los momentos de presentarse á Landa, un oficial le dio una terrible bofetada que le hizo caer en tierra.

La guardia nacional fiel á la causa de la Constitución, no secundó el pronunciamiento y cubrió inmediatamente las alturas de sus cuarteles: en San Francisco, un batallón á cuyo frente se pusieron los valientes y malogrados Miguel Cruz Aedo y Dr. Antonio Molina; y en San Agustín, el Lic. Miguel Contreras Medellín, de cuyo lado no se separó el gobernador interino D. Jesús Camarena.

El general Landa cubrió también las alturas de palacio, Catedral, la Compañía, San Felipe y Santa Teresa; y esperando por momentos un ataque formal de cualquiera de ambos bandos, pasaron la noche los habitantes de la ciudad, en medio de una terrible angustia. A D. Benito y sus ministros se les encerró bien custodiados en la capilla, que hoy es salón de sesiones de la legislatura y á toda hora eran insultados desde el tragaluz ó linternilla de aquel local por la soez canalla que cubría la azotea, especialmente por un individuo á quien el día anterior el Sr. Juárez indultó de la pena de muerte que le fué impuesta por varios asesinatos que había cometido; pues olvidamos decir que el general Landa improvisó un batallón con  
G. — 3.



presos de esa cárcel; una bala dirigida de la torre de San Agustín, hizo caer sin vida al ingrato facineroso, dejando asombrosos semejante coincidencia, á los ilustres presos.

Desde que se verificó el pronunciamiento, grande fué el empeño de muchos, porque los presos fueran fusilados; pero Landa se opuso con energía á semejante pretension, hasta que al día siguiente, 14, un incidente, vino á poner en grave peligro sus vidas. Mientras que los generales Nuñez y Morett conferenciaban sobre los puntos de un parlamento, el primero en representacion del Sr. Juarez y el segundo, en la de Landa, Cruz Aedo y Molina que ignoraban si se parlamentaba ó no, salieron de Sn. Francisco al frente de un grupo de 30 hombres de su confianza, deseosos de arrancar á los presos del poder de sus enemigos, y se dirigieron resueltamente á palacio atacando con brío á la guardia que habia en una de sus puertas, pretendiendo apoderarse de una pieza de artillería que custodiaba; pero recibidos los asaltantes con un nutrido y mortífero fuego apoyado por la fuerza que cubria las azoteas, fueron rechazados con lamentables pérdidas y quedó herido en una pierna el valiente Dr. Molina. En los momentos del asalto, el comandante de la guardia de los presos Dn. Filomeno Bravo, lleno de ira, suponiendo que el enemigo faltaba á la obser-

vancia del parlamento y que tal vez el general Nuñez dirigía personalmente aquel ataque, pues habia salido este bajo su palabra de honor á conferenciar con Morett, mandó bajar á los presos formandoles el cuadro respectivo para ser ejecutados y ya iba á dar la voz de fuego al peloton del 5º que les apuntaba, cuando D. Guillermo Prieto, el orador favorito del pueblo, el poeta que más ha conmovido á un auditorio, elevando su poderosa voz, dijo estas palabras, que despues el mismo se ha servido repetirnos: "Vais á derramar sangre inocente No hemos sido juzgados mal se nos puede castigar. Dejad vuestras armas para defender los derechos sagrados del pueblo no para cometer con ellas un crimen terrible. Yo siempre he visto valientes á los soldados del 5º, nunca asesinos" Los designados para la ejecucion se quedaron suspensos: algunos lloraban y terciando todos sus armas esperaron. Bravo no se atrevió á insistir; Landa llegó en esos momentos y este grupo, el más prominente entonces del partido liberal, se salvó de regar con su sangre el palacio de Guadalajara. Juarez se portó en este lance con un valor frio y tranquilo.

La llegada del general Juan B. Diaz al cual se subalternaron los jefes constitucionalistas, puso término á la discusion sobre los puntos del parlamento; en el cual se estipuló: que los pre-



nos fueran puestos en libertad: que Landa evacuaría la plaza con las fuerzas que le eran adictas y que todas las personas del partido conservador comprometidas en este pronunciamiento, podían libremente quedarse en la ciudad sin que en sus personas ó intereses sufrieran el más leve perjuicio por parte del Gobierno Constitucionalista. Todo se observó al pié de la letra.

El 16 el Sr. Juárez en una expresiva proclama, dió las gracias en nombre de la nacion, á los leales y valientes soldados que formaban la guardia nacional.

Un amigo nuestro entró ese mismo dia al palacio causando-le profunda tristeza ver el destrozo hecho por los pronunciamientos, en el archivo del tribunal de justicia, en el elegante mobiliario de las oficinas todas y en las vidricras, espejos y cortinas del salon de recepciones.

El general Parrodi con parte del ejército que el dia 10 de ese mismo mes fué derrotado por D. Luis Osollo en Salamanca, llegó á la capital de Jalisco el 19, y en esa fecha salió de la ciudad Juárez con direccion al Manzanillo escoltado por una fuerza al mando del coronel Yniestra dejando á Parrodi investido del cargo de ministro de la guerra con facultades extraordinarias mientras que llegaba á Veracruz, cuya plaza le era adicta: pocos dias despues Parrodi renunció la cartera.

El dia 23 de Marzo del referido año de 59, una capitulacion de Parrodi estipulada con el general Osollo en el pueblo de San Pedro, salvó á Guadalajara de nuevos trastornos; aunque en Mayo del mismo año, estando al frente de la plaza el general D. Francisco Casanova, se volvió á ver en los horrores de un sitio más, que le pusieron las fuerzas de los generales Degollado y Blanco D. Miguel, que en reñidos ataques intentaron asaltarla, retirándose por fin el 21 de Junio por aproximarse las fuerzas del general Miramon.

Guadalajara estaba condenada á ser el teatro de grandes acontecimientos: pocas ciudades de la República han sufrido con tanta frecuencia el estruendo de la guerra y los perjuicios tremendos que ocasiona.



### CAPITULO XIII.

SIGUEN LOS SITIOS.—ASESINATOS DE BLANCARTE, PIELAGO Y MONAYO.—LA EXPLOSION DEL PALACIO.—MARQUEZ Y MIRAMON SE SALVAN.

Despues del descabro que sufrió D. Santos Degollado en las barrancas de Atenquique por las fuerzas del general D. Miguel Miramon, volvió en Octubre del mismo año de 59 á sitiar Guadaluja que estaba mal guarnecida y la defendian los generales Casanova y Blancarte. Nunca sufrieron más los edificios de la ciudad que en esta vez, por haber apelado los sitiadores al destructor recurso de las minas subterranas, y sesenta de estas practicaron en varios puntos simultáneamente, las cuales hicieron explosion el dia 27, sepultando en los escombros de grandes edificios, á inñinidad de soldados que los defendian.

Viendo los sitiados los muchos perjuicios que la poblacion sufría y que sus recursos se amenguaban á gran prisa, celebraron una capitulacion el 28 de Octubre, autorizada por los comisionados liberales D. Benito Gomez Farías y D. Esteban Coronado, y por los conservadores D. Teodoro Kunhardt consul de Prusia y D. Santiago Aguilar. Degollado concedió á los generales defensores, toda clase de garantías, en virtud de las cuales, Blancarte se quedó en la ciudad, eligiendo como habitacion la casa de D. Antonio Alvarez del Castillo.

Entre los jefes triunfantes figuraba el célebre bandido y feroz asesino Antonio Rojas, terror del Estado de Jalisco, quien disgustado con la capitulacion pactada, envió grupos de la fuerza que mandaba, en busca de los tenientes coroneles Pielago y Monayo á quienes encontraron, al primero, herido de gravedad en la defensa que el 25 hizo del punto de San Felipe, y apoderándose de ellos, fueron ahorcados. Pielago, en uno de los balcones del arzobispado y Monayo en la plaza de armas.

Mucho consternó á la ciudad este acto de barbarie, pero mucho más, el hecho de que Rojas personalmente asesinara en la madrugada del 29 á D. José María Blancarte, á cuyo fin se introdujo con otros bandoleros en la casa de Alvarez del Castillo dejando á la indefensa víctima acribillada de heridas. Indig-



nado D. Santos Degollado por este hecho, por medio de un decreto puso fuera de la ley á Rojas, quien del momento se ocultó. Poco tiempo despues, el 9 de Mayo de 1859, el mismo Degollado, derogó el decreto, rehabilitando á Rojas en sus grados y derechos legales.

Degollado que tenia el don de acumular pronto grandes elementos, pero tambien el de perderlos con facilidad, fué derrotado una vez más por Miramon en las Barrancas de Beltran, en Diciembre del mismo año. Despues de esta jornada, el vencedor regresó á la capital de Jalisco, de donde era gobernador y Comandante militar D. Leonardo Márquez. El día 10 de Enero recibian Miramon y aquel en el palacio de Guadalajara las felicitaciones por el triunfo en las Barrancas, cuando á las once menos cuarto de la mañana, voló una parte del edificio, á causa de la explosion que hizo el depósito de pólvora que habia y que accidentalmente se incendió. Espantosa fué la detonacion, cayendo á tierra las paredes y techos de una gran parte del palacio, sepultando á más de doscientos soldados, á varios jefes y oficiales, y algunos paisanos entre ellos el notable abogado D. Antonio Escoto. Cuando Márquez y Miramon, por medio de una cuerda que fijaron en un balcon, iban descendiendo hácia la calle, se hundió el piso de la pieza en que estaban. La consternacion en la ciudad fué indescriptible. Algu-

nos aunque sin fundamento, atribuyeron este lamentable accidente, á varios individuos del partido liberal á quienes llegaron á señalar; pero la verdad es que fué casual.

El lector que no conozca Guadalajara, supondrá por lo que dejamos asentado, que es una plaza muy fuerte, no es así: le faltan obras de defensa; aunque bien fortificada, con una guarnicion pundonorosa y abastecida de los recursos necesarios puede recibir el empuje de numerosos asaltantes y resistir por algun tiempo; pero le habia llegado á la hermosa ciudad un período de crueldades sufrimientos y los sitios se sucedian á cortos intervalos. Aun no se reparaba ni la mitad de los edificios arruinados por el de Octubre de 59, cuando el 23 de Mayo de 60 llegó el general Uraga á las goteras de la ciudad, intimando rendicion al general conservador D. Adrian Woll, que lo garantizaba con escasisimos elementos. El intrépido Woll no quiso rendirse; y al dia siguiente á las cinco de la mañana, la ciudad sufrió el más rudo ataque de que se hace memoria, poniendo en juego los asaltantes 26 piezas de artillería y cinco mil hombres, en una carga á columna cerrada y simultánea por cuatro puntos del recinto provisionalmente fortificado.

Cuatro horas despues, las calles quedaron llenas de centenares de cadáveres de los valientes asaltantes, y aun su caudillo



arrojado en tierra estaba herido de una pierna. Los liberales emprendieron la retirada dejando abandonados 16 cañones, gran número de armas, abundantes municiones y multitud de prisioneros, entre ellos el General Uruga, quien á pocos días sufrió la amputacion de la pierna. Woll se portó con el prisionero con una eaballerosidad admirable, alojándole en su propia casa.

Caminaba la ciudad hácia el calvario á que habia sido condenada por los designios de lo alto; áun se hablaba en ella de los estragos de Mayo, cuando en Setiembre del mismo año un nuevo sitio, si bien el último que ha sufrido, vino á poner en conmocion á sus sufridos habitantes. D. Severo del Castillo jalisciense general ilustrado y valiente, defendia la plaza con 3,000 hombres, cercada por 14.000 al mando del general D. Jesus Gonzalez Ortega, desde el 27 del mes referido. Una conferencia celebrada por los dos caudillos en la garita de San Pedro, el dia 23, no produjo arreglo ninguno y se rompieron los fuegos por ambas partes.

Todo el mes de Octubre se pasó estrechándose el sitio cada dia más. Los víveres empezaban á escasear en la ciudad y los defensores de la plaza disminuian diariamente en la lucha,

mientras los sitiadores aumentaban sus fuerzas con guerrillas que llegaban de distintos puntos.

En este memorable sitio, D. Severo del Castillo, fulto de numerario para socorrer la guarnicion, mandó acuñar muchos quintales de plata que produjeron los candiles, blandones, candeleros, frontales y el ciprés de la catedral, de cuyas alhajas dispuso sin la voluntad de aquel cabildo.

La derrota que sufrió el 1.º de Noviembre D. Leonardo Márquez en el puente de Calderon, por un ejérito que mandó des prender Gonzalez Ortega de las fuerzas sitiadoras al mando del valiente general D. Ignacio Zaragoza, puso fin á este sitio, firmándose el dia 3 una honrosa capitulacion, en virtud de la cual, el general Castillo evacuó la plaza despues de cuarenta dias de suprema angustia y de sufrimientos indescriptibles de los habitantes.